

# DANIEL Y EL PARQUE MISTERIOSO

TEXTO

Ana García de Motiloa

ILUSTRACIONES

Raquel Gonzalo



DANIEL  
Y EL PARQUE  
MISTERIOSO

TEXTO

Ana García de Motiloa

ILUSTRACIONES

Raquel Gonzalo

DISEÑO GRÁFICO

Maialen Gonzalo

DOCUMENTACIÓN Y SUPERVISIÓN

María Pilar Botella

Neuropediatra

HUA, Txagorritxu

RPI

VI-49-16



Para todos los niños y niñas  
que tienen EPILEPSIA

Daniel era un niño muy simpático que vivía en una ciudad de color verde, por eso la llamaban "green capital", porque tenía muchos parques y zonas verdes, incluso estaba rodeada por una especie de anillo gigante que también era verde.

Daniel tenía dos muñecos con los que hablaba a menudo: Pachapa y Kiniko.

Pachapa era muy observador y Kinico muy despistado.



Un día de otoño, Daniel volvió del colegio un poco triste. Pachapa se dio cuenta y le preguntó:

-¿Qué le pasa a tu boca que parece un arcoíris sin colores?

Daniel le respondió con preocupación:

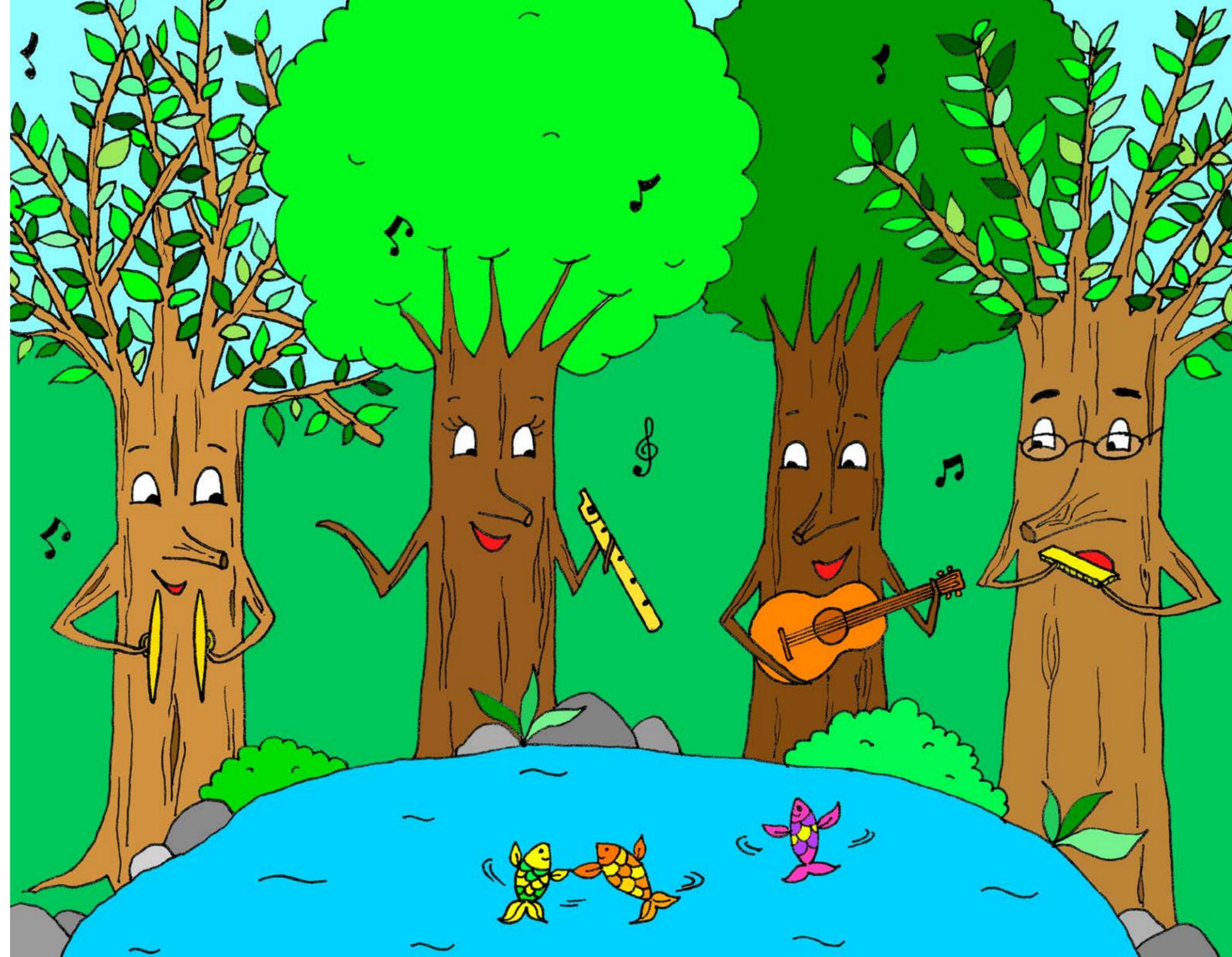
-Mi mejor amigo, Jose, se ha caído en el patio del colegio, se ha puesto rígido, o sea muy estirado, y su cuerpo ha empezado a temblar como si tiritara de frío. Los que estábamos con él nos hemos asustado mucho. En ese momento, una profesora se ha acercado rápidamente y ha colocado a Jose de costado. Nos ha pedido que respiráramos profundamente para CALMARNOS.



Después de escuchar atentamente a Daniel, Pachapa le puso una mano sobre su hombro y le dijo:

–Tenemos que investigar para saber por qué le ha pasado eso a tu amigo Jose. Mañana iremos al parque misterioso y se lo preguntaremos a nuestro amigo el árbol sabio.

Al parque misterioso le llamaban así porque en él había árboles que, además de saber hablar, eran músicos. En las noches de luna llena, se reunían todos alrededor de un estanque y tocaban diferentes instrumentos, así creaban bellas melodías que hacían bailar a los peces de colores que allí vivían. Nadie se explicaba aquel misterio.

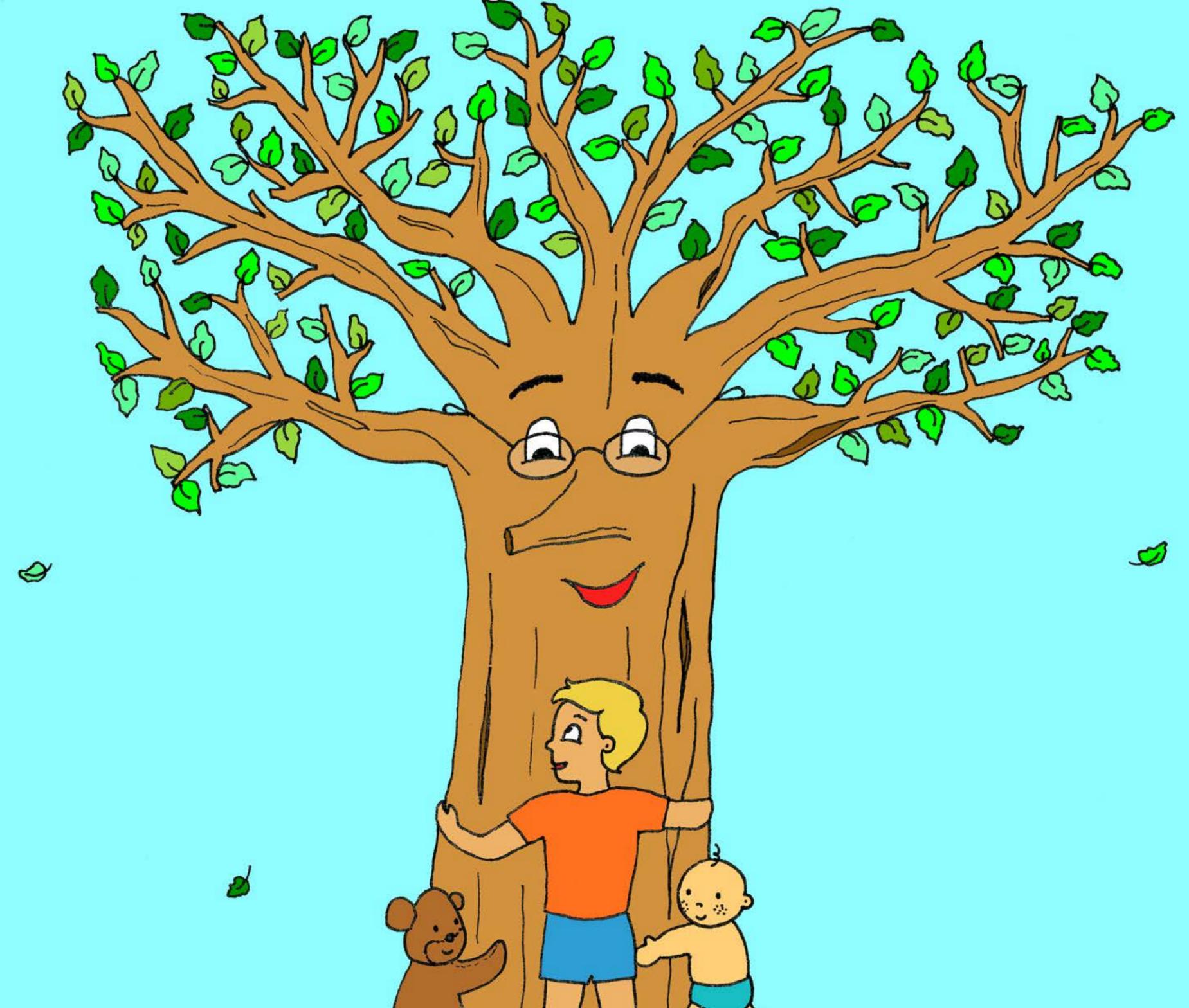


Entre todos los árboles del parque misterioso había uno que era muy sabio. Era un roble majestuoso y fuerte que aguantaba muy bien el calor sofocante del verano y el frío glacial del invierno. Nunca se quejaba.

A Daniel y a sus muñecos les gustaba hablar con él, le contaban sus cosas y le hacían preguntas sobre lo que les interesaba saber.

Él les solía escuchar en silencio, sin interrumpirles ni una sola vez. Los árboles sabios son así: observan, escuchan, investigan y reflexionan. Todo lo hacen con calma.

A veces, Daniel y sus muñecos le abrazaban y así el árbol les ayudaba a estar más tranquilos.



Después de escuchar lo que le contó Daniel sobre su amigo Jose, el árbol le dijo:

-Querido Daniel, dentro de tu cabeza hay algo muy importante y valioso que se llama CEREBRO.

-¿Celebro? -pregunto Kinico.

-No, ce-re-bro -respondió Pachapa silabeando.

El árbol continuó con su explicación:

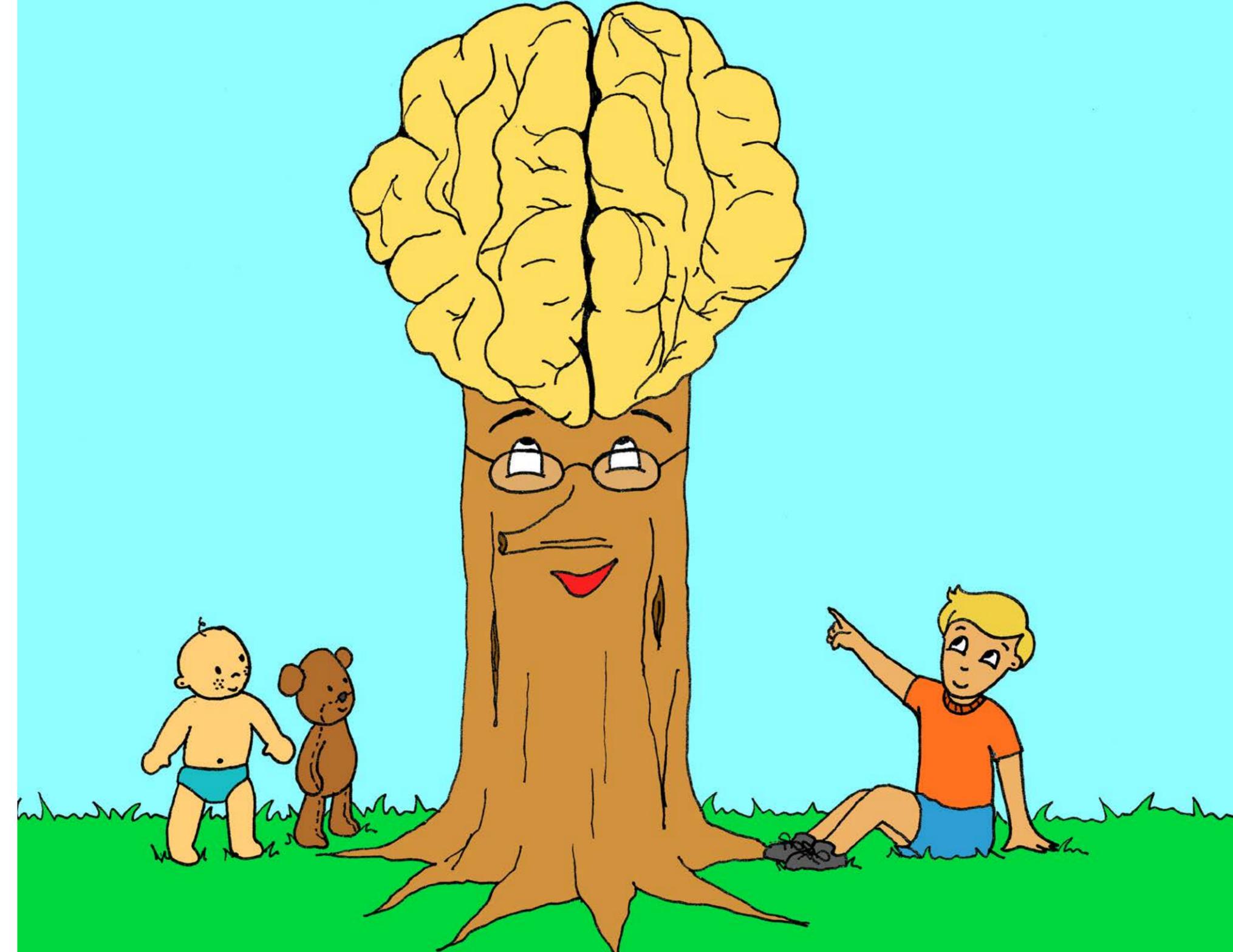
-Cuando estás pensando, usas el cerebro, él le dice a tu cuerpo lo que tienes que hacer cuando lees, corres, respiras o te pica la nariz. EL CEREBRO HACE QUE TODO FUNCIONE.

Ahora vamos a imaginar que mi copa es un cerebro -continuó diciendo el árbol.

-Pareces una esponja -le dijo Kinico.

-¡Anda! Te pareces a una coliflor muy grande -añadió Pachapa.

-Pues a mí me parece que eres como una nuez gigante -opinó Daniel.



El árbol sabio continuó con su explicación:

-Dentro del cerebro hay unas células llamadas NEURONAS. Son muy, muy pequeñas y hay muchísimas. Sólo las podemos ver con el microscopio.

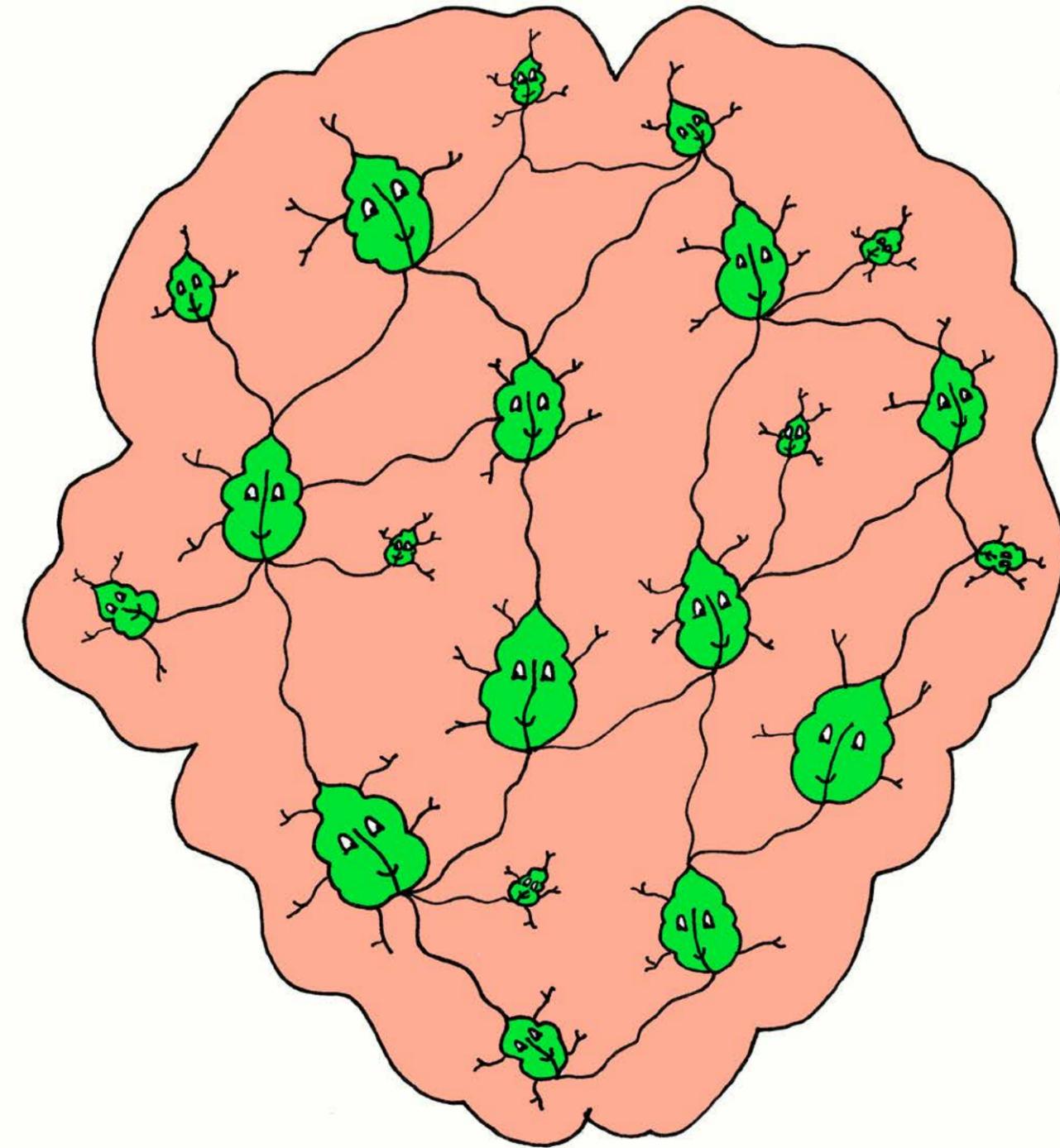
Ahora, seguid imaginando que dentro de esa nuez gigante, esponja o coliflor que forma mi copa tengo muchísimas hojitas muy brillantes que se conectan las unas con las otras a través de unos rabillos que son como antenas que permiten que los mensajes circulen por ellas. Así forman una red.

-¡Ah!, como la que se pone mi abuela en la cabeza -exclamó Kinico.

-Muy ocurrente -añadió Pachapa dándole una palmadita en la espalda.

-Os habréis dado cuenta de que esas hojitas son las neuronas, ¿verdad? -preguntó el árbol a sus oyentes. Y prosiguió:

-Ellas nos ayudan a resolver problemas y a darnos cuenta de lo que pasa dentro y fuera de nuestros cuerpos.



-Para que lo entendáis mejor -continuó explicando el árbol- os propongo un juego. Vamos a agarrarnos por las manos y nos pasaremos un mensaje de uno a otro.

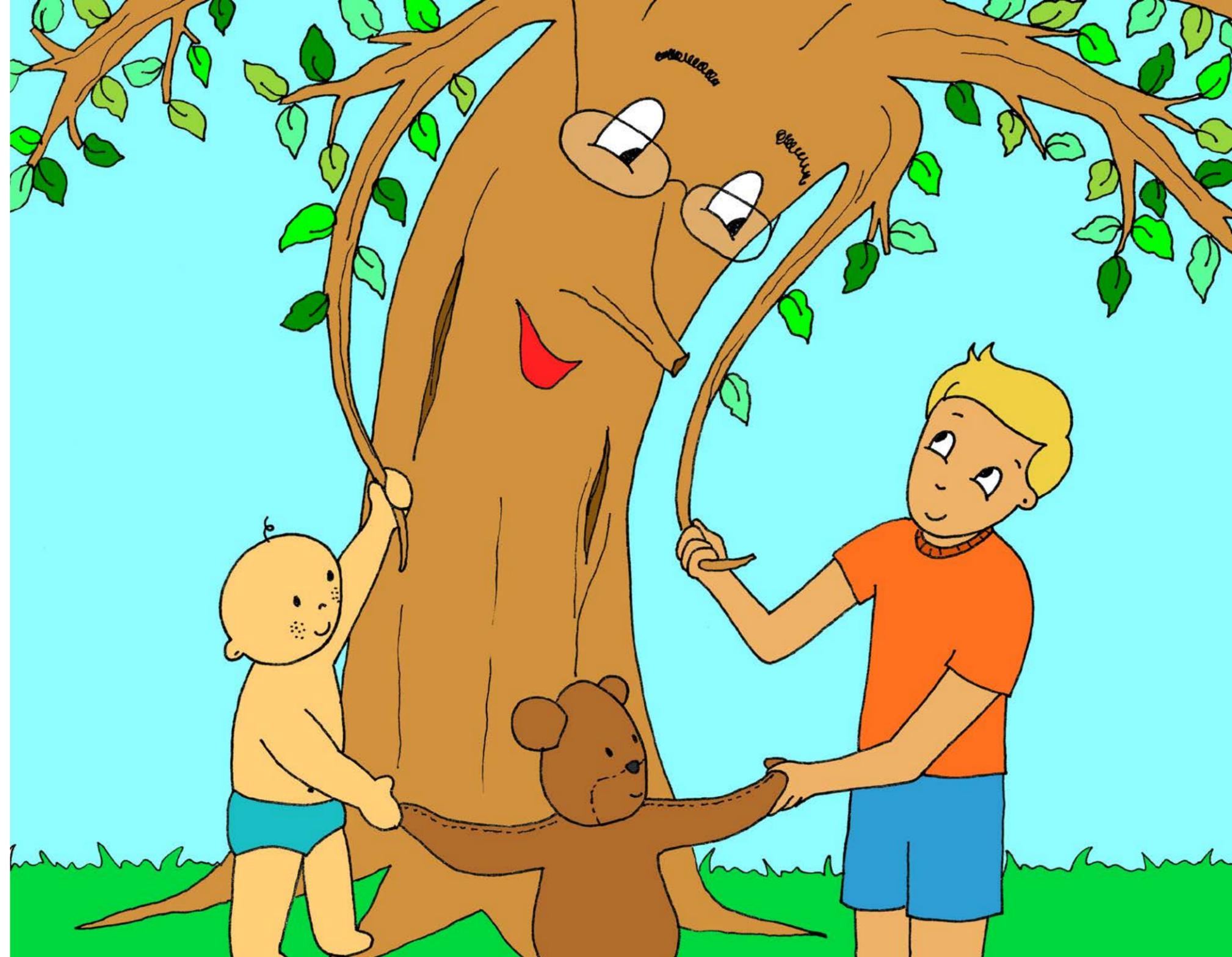
Dicho y hecho, todos formaron un corro. El árbol dijo algo a Daniel acercándose a su oído, Daniel le dijo lo mismo a Pachapa y este a Kiniko.

-O sea que ahora somos como las monas -dijo Kiniko despistadamente.

-Neu-ro-nas -le corrigió Pachapa.

-Sí, hemos formado una red como si fuéramos neuronas, ¿verdad amigo árbol? -dijo Daniel.

-Efectivamente, lo habéis entendido muy bien -respondió el árbol- y siguió diciendo:



-Es muy importante que sepáis que podemos esforzarnos para que la red de neuronas se haga más fuerte.

-¿Cómo? -preguntó Daniel con curiosidad.

-Yo lo sé -respondió Kinico, comenzando a mover la cabeza de un lado a otro con rapidez.

Al árbol le hizo mucha gracia ver a Kinico haciendo aquellos ejercicios. Estaba a punto de marearse cuando el árbol le dijo:

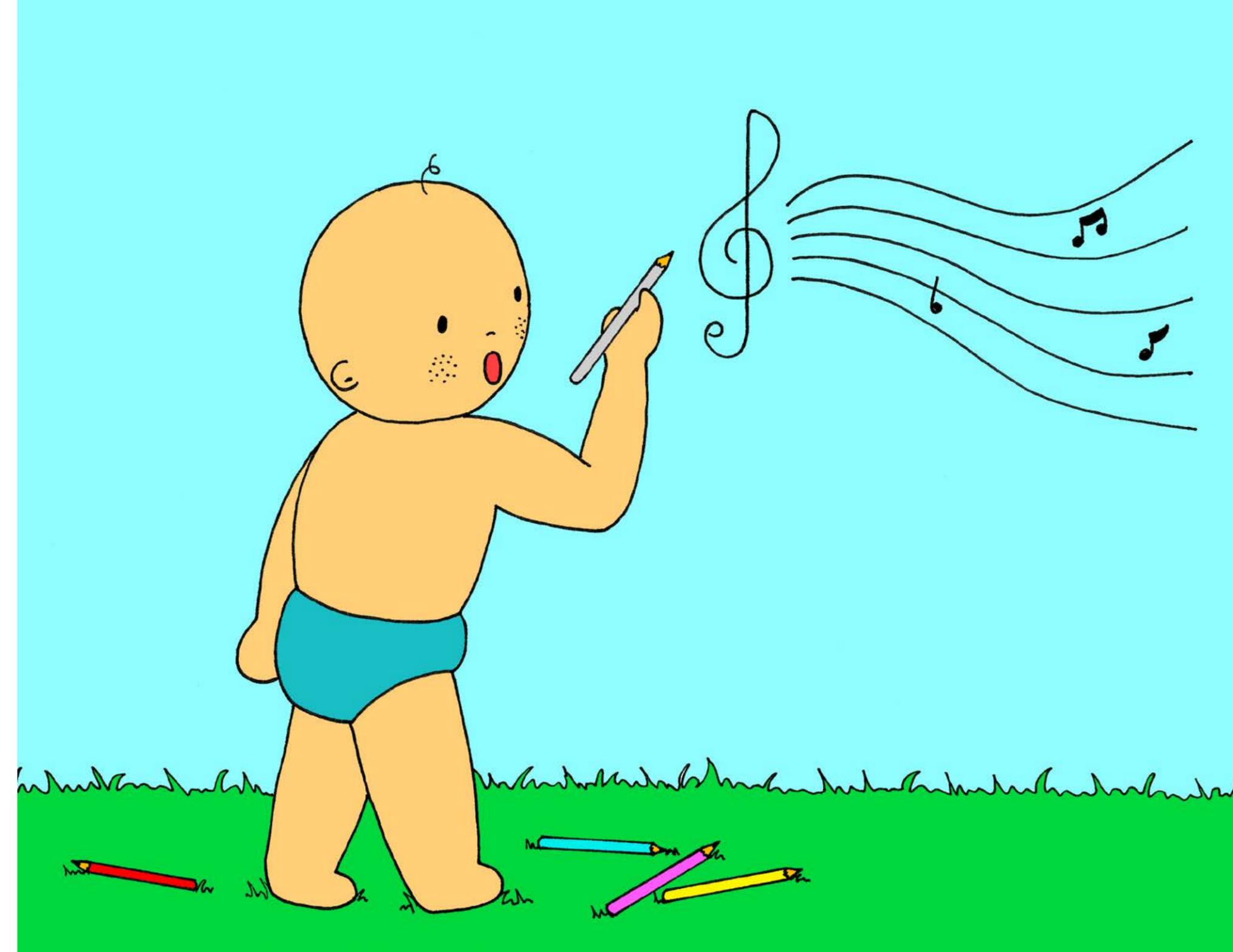
-No, Kinico, yo me refiero a hacer cosas como leer, escribir, bailar, hacer puzles, aprender poemas o canciones de memoria...



Pachapa se quedó pensando durante unos momentos y, poco después, les contó a sus amigos que se había inventado un poema. Estos le animaron a que lo recitara y él, aclarándose la garganta, dijo así:

-Espabilaos, neuronas  
Vamos a entrar en acción  
Con lápices de colores  
Escribiré una canción  
Después la repetiré  
Y hasta me la aprenderé  
Así mi buena memoria  
Se hará más grande que ayer.

Todos aplaudieron calurosamente la invención de Pachapa y empezaron a memorizarlo.



De pronto, Kinico empezó a temblar, pero no de frío sino de miedo.

-¿Por qué tiemblas, Kinico? -le preguntó Daniel.

-Porque si me aprendo muchos poemas a lo mejor mi cerebro se hace tan grande que las neuronas se me salen por las orejas.

-Eso es imposible, Kinico, -le dijo el árbol acariciándole dulcemente.



Y continuó contándoles más cosas:

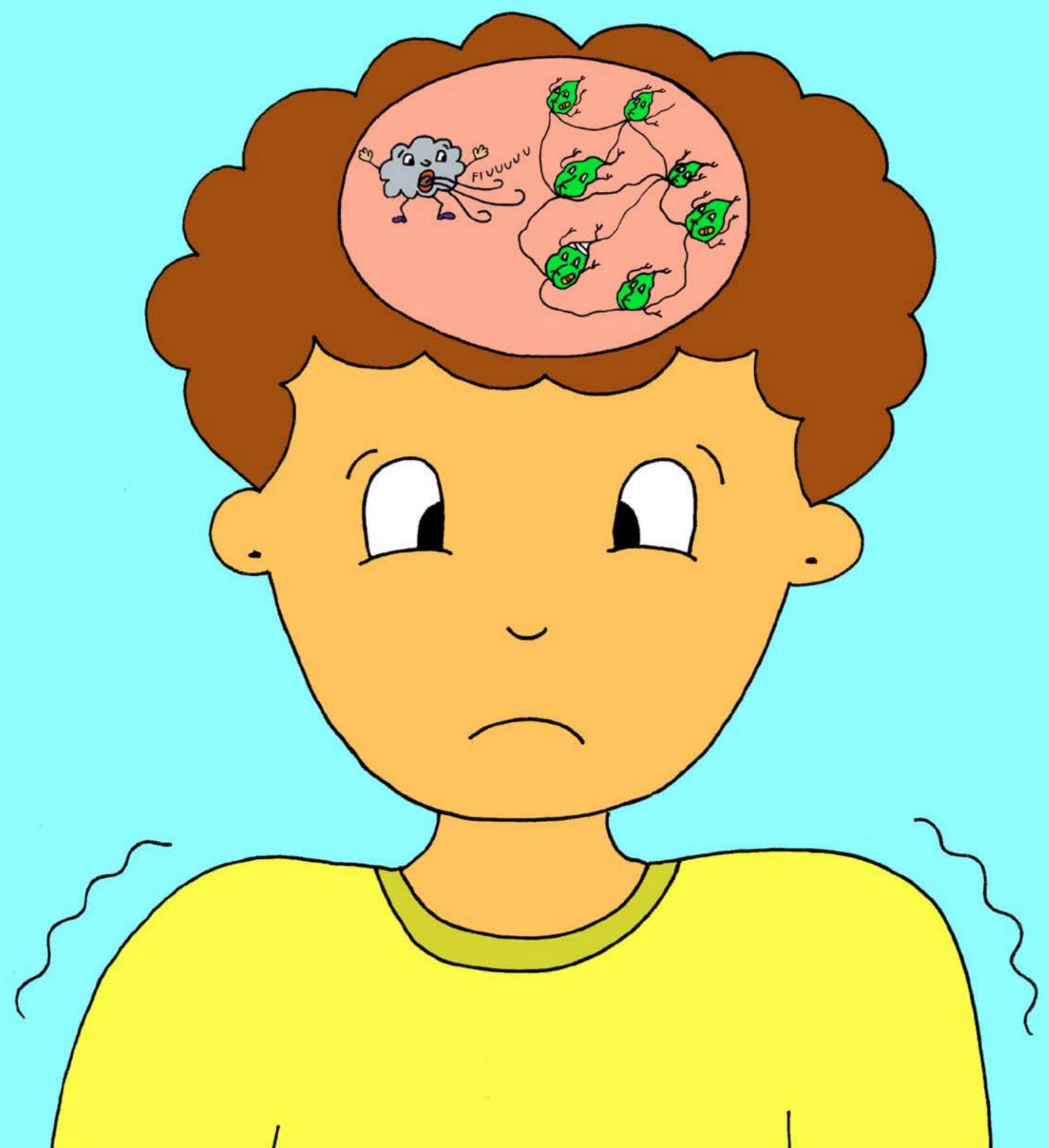
-Tenéis que saber también que a veces hay neuronas que están un poco dañadas y las que están sanas les ayudan a hacer sus funciones.

-¡Qué buenas son las neuronas! -dijo Pachapa sorprendido.

-Eso, eso, bonas, bonas -añadió Kinico con acento catalán.

-También hay neuronas que, aunque estén sanas, comienzan a funcionar de forma rápida como si tuvieran mucha prisa -continuó diciendo el árbol.

Imaginad que es como si un grupo de esas hojitas de las que os he hablado reciben una fuerte ráfaga de aire, comienzan a moverse todas a la vez, como si estuvieran asustadas y terminan haciendo que otras hojitas también se asusten. Seguid imaginando que si el aire cesa, ellas vuelven a la normalidad.



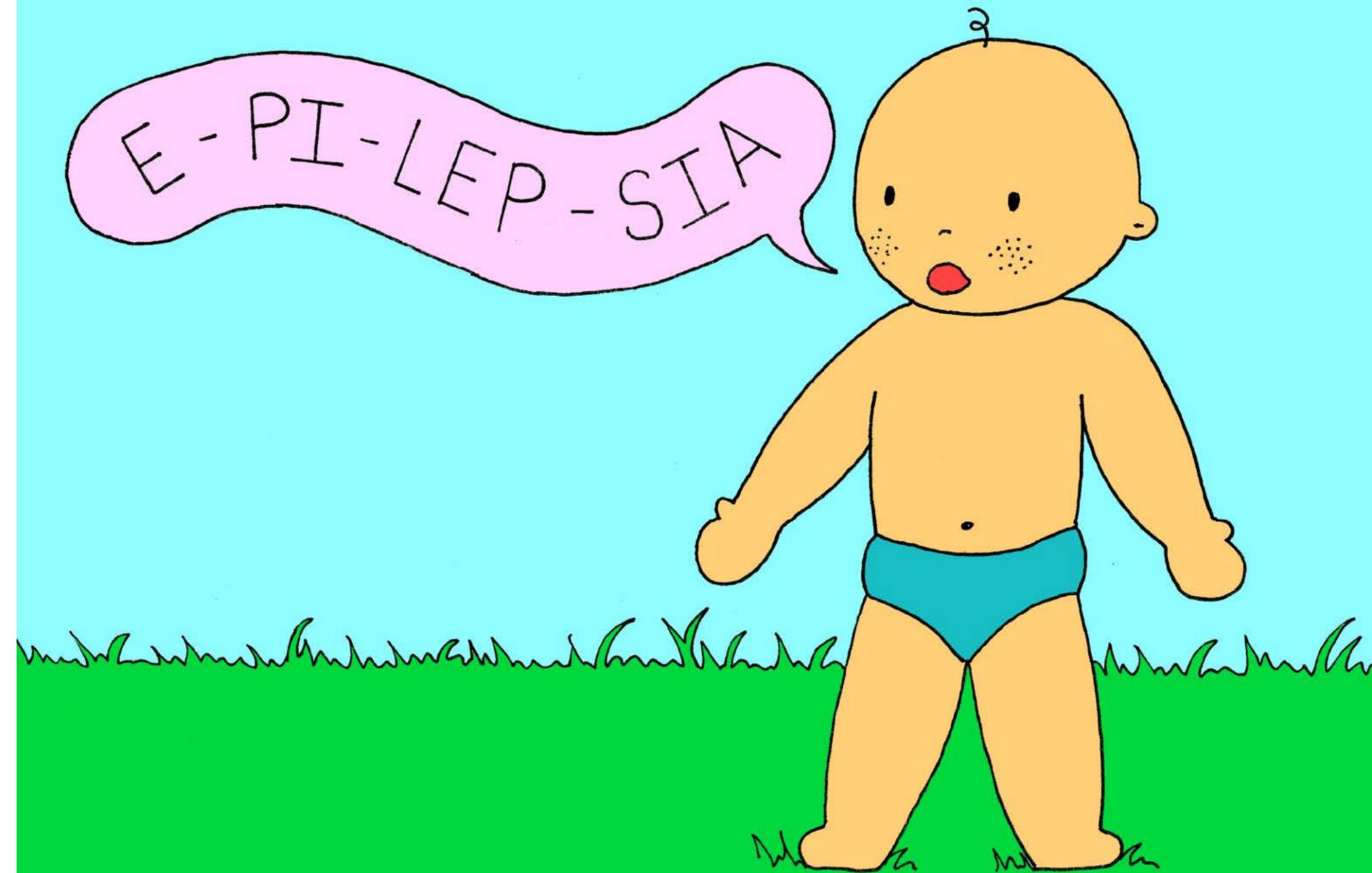
-Pues bien, querido Daniel -continuó diciendo el árbol sabio- a tu amigo Jose le ha pasado algo parecido, sus "hojitas" o neuronas han comenzado a moverse de una forma desordenada y rápida. Eso se llama CRISIS CONVULSIVA.

En muchos casos no vuelve a suceder pero en otros se repite más veces y puede ser lo que se llama EPILEPSIA.

-¿Epi...qué? -preguntó Kinico.

-E-pi-lep-sia -silabeó Pachapa, como de costumbre. Es una palabra griega -añadió.

¡Cuántas cosas sabía este muñeco!



Gracias a las explicaciones del árbol sabio, Daniel estaba más tranquilo y pensó que si a su amigo Jose le volvía a pasar lo mismo, él se acordaría de la ráfaga de aire que en aquel momento movía sus hojitas o neuronas en su cerebro y eso hacía que se cayera al suelo y se quedara como dormido, pero que pronto pasaría y Jose volvería jugar con él.

-¿Y la epalesia se contagia? -preguntó Kinico con su dificultad de siempre para aprender palabras nuevas.

-E-pi-lep-sia -volvió a corregir Pachapa.



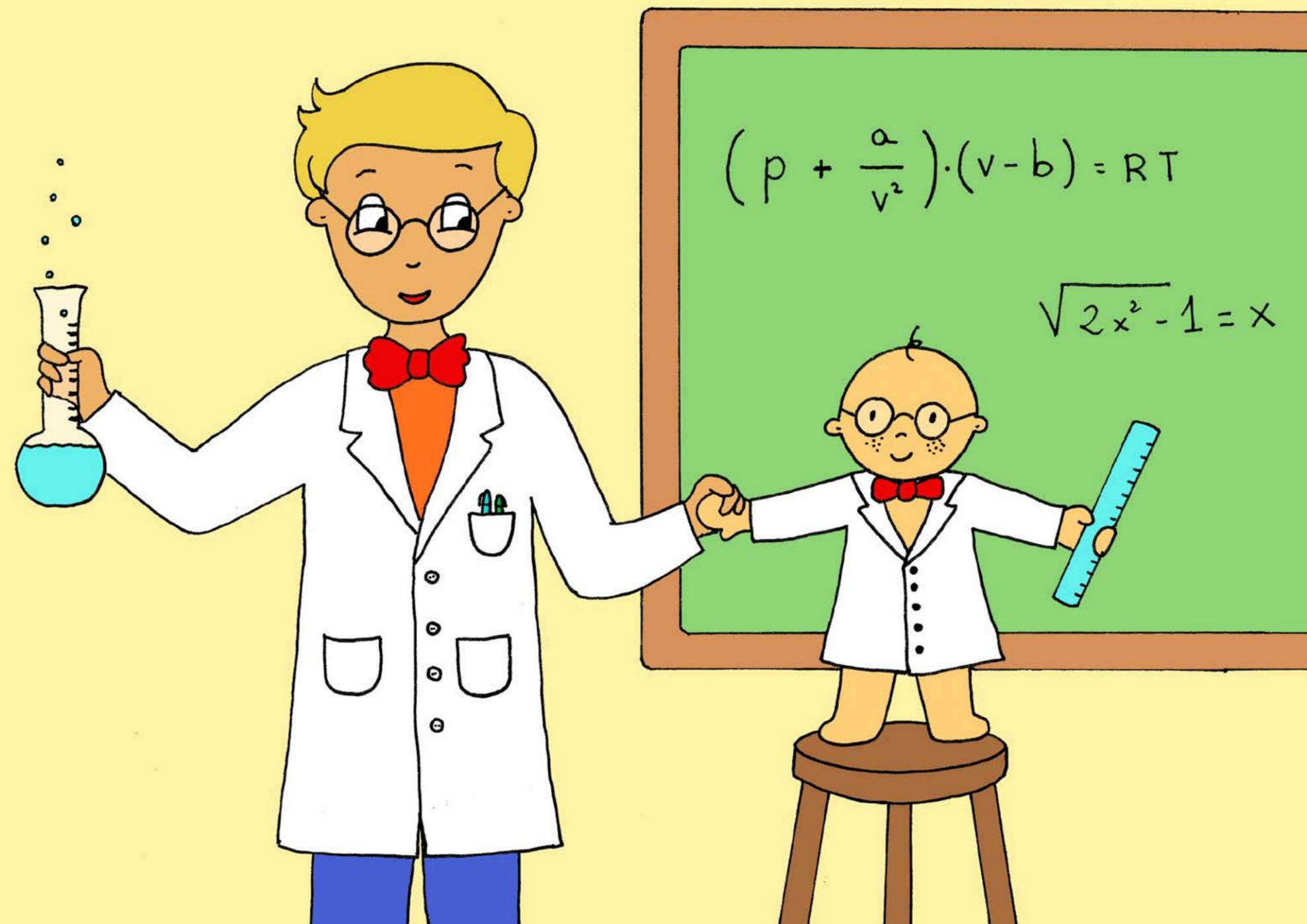
-No, tenéis que estar tranquilos -respondió el árbol sabio- LA EPILEPSIA NO SE CONTAGIA. Hay muchas personas importantes e inteligentes que la tenían, como Alejandro Magno, que fue un rey muy famoso que vivió hace muchísimos años, Juana de Arco, una mujer muy valiente que dirigió un ejército o Albert Einstein, un científico muy importante del siglo pasado.

-El más importante del siglo veinte -añadió Pachapa mostrando sus conocimientos.

-Yo, cuando sea mayor, quiero ser científico -dijo Daniel.

-¡Y yo! -exclamó emocionado Pachapa.

-Esos personajes tan importantes hacían una vida normal -continuó diciendo el árbol sabio- como la pueden hacer las personas que no tienen epilepsia.

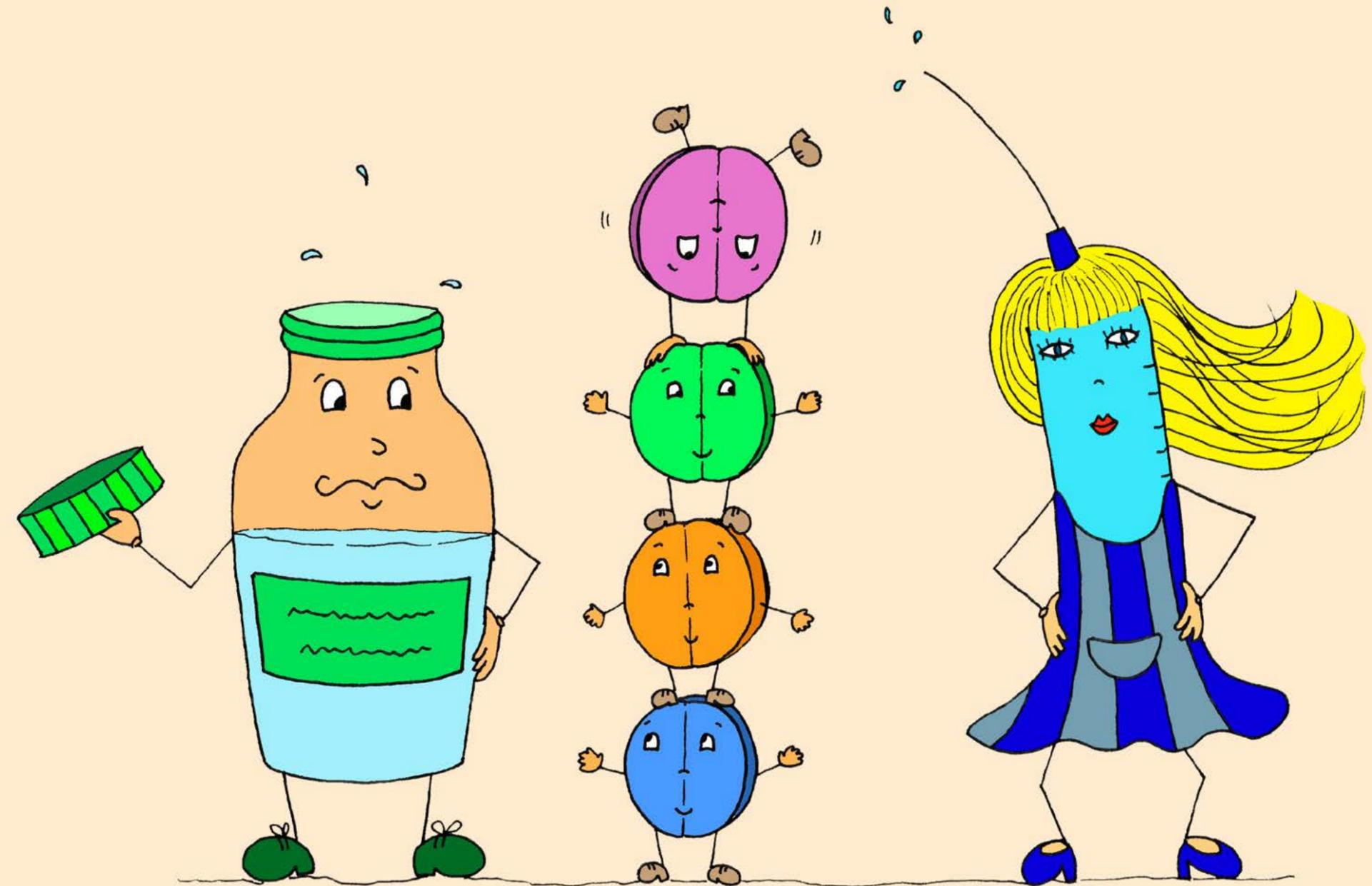


-También tenéis que saber -siguió explicando el árbol- que para que las neuronas se calmen y dejen de moverse de manera desordenada hay que tomar una medicación que los neuropediatras saben recetar muy bien.

-¿Neuro...qué? -preguntó Kinico como de costumbre.

-Neuropediatras, Kinico -respondió el árbol con calma- y añadió:

-Son pediatras, es decir, médicos que tratan a los niños y a las niñas y que saben mucho sobre el sistema nervioso donde, como ya sabéis, están el cerebro, las neuronas y muchas cosas más que ya las iréis aprendiendo.



Ellos y ellas también saben cuáles son las pruebas que hay que hacer para saber si un niño o una niña tienen epilepsia. Son pruebas que no duelen nada.

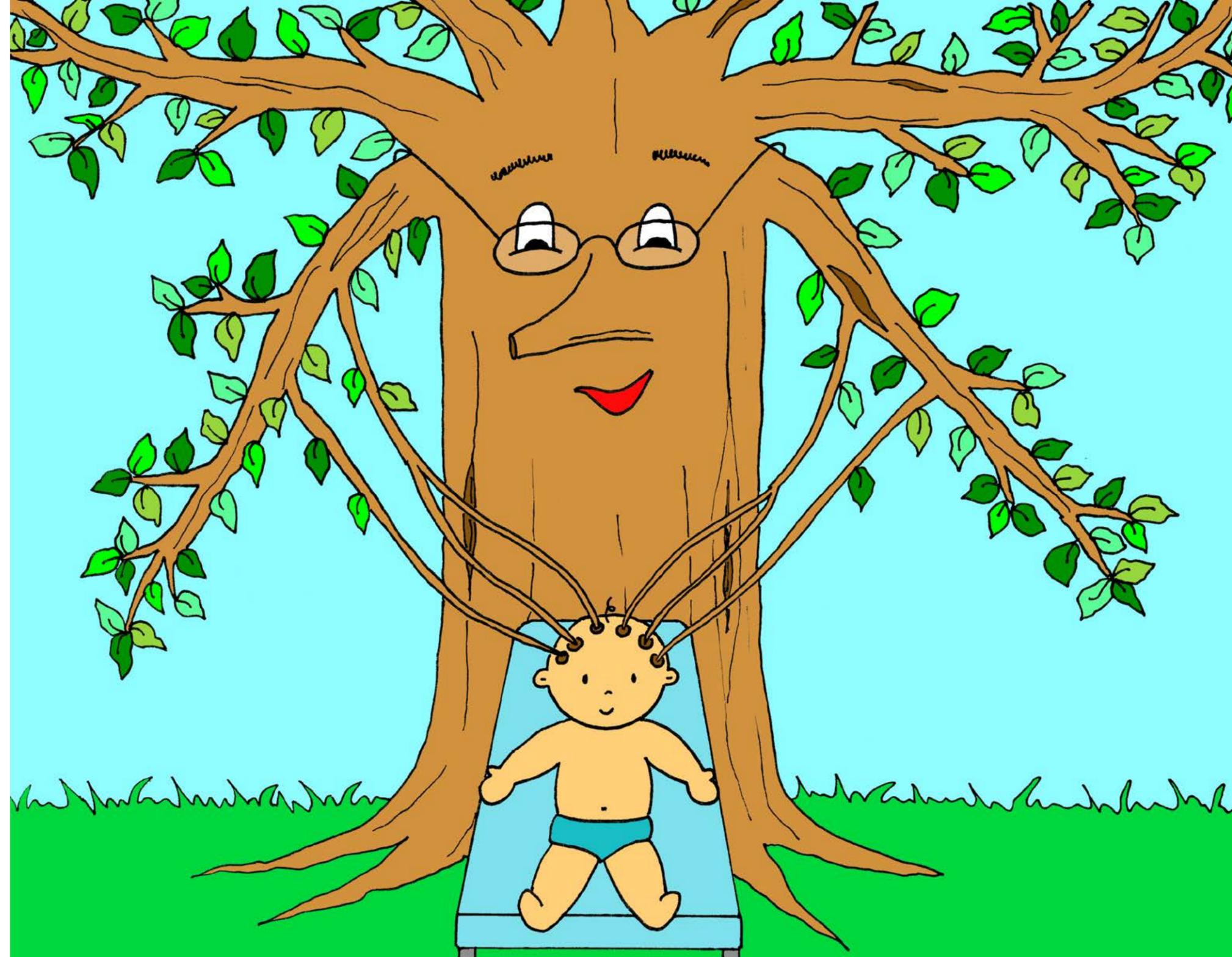
La más importante se llama electroencefalograma.

-¡Ánimo, Kinico!, otra palabra nueva para aprender -le animó Pachapa.

-Elec, elec, elec, tro, tro, tro...-repetía Kinico con ánimo de aprenderla.

-El electroencefalograma -continuó explicando el árbol sabio -recoge la actividad de las neuronas y gracias a él podemos ver las que se comportan de una forma desordenada.

Recodad la ráfaga de aire -terminó diciendo el árbol.



Daniel y sus muñecos dieron las gracias al árbol sabio por todo lo que les había enseñado, se abrazaron a su tronco y se despidieron de él.

Pronto volverían a aprender más cosas.

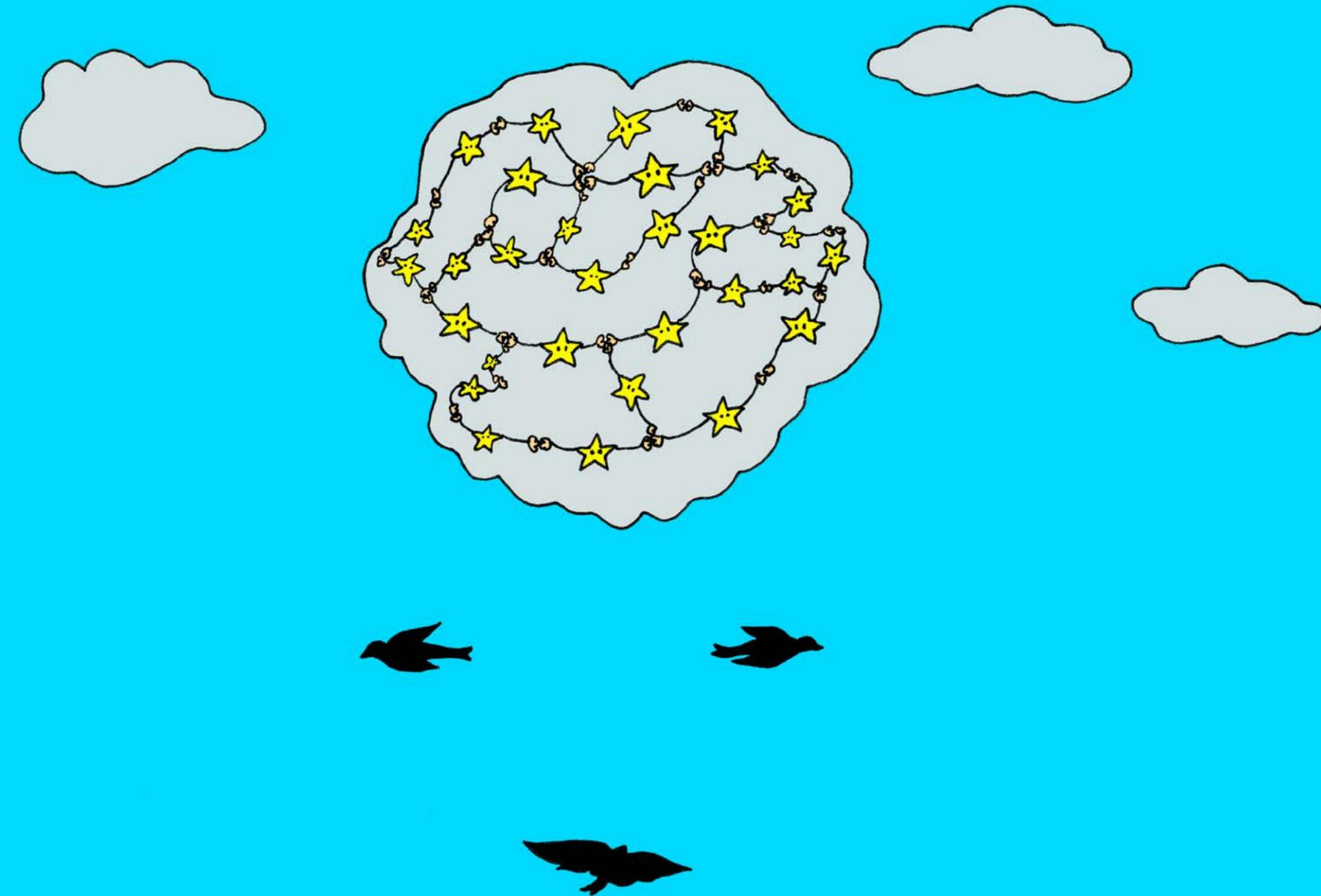
Cuando se dirigían a casa, Daniel miró al cielo y vio una nube con forma de cerebro que, cuando se iba moviendo, dejaba ver debajo de ella a un grupo muy numeroso de estrellas brillantes. Era como si las estrellas le hicieran guiños desde allá arriba.

Curiosamente, unos pájaros pasaban por allí y...Daniel, con su imaginación, puso cara a la imagen.

Las neuronas se habían disfrazado de estrellas.

A partir de aquel momento, Daniel tenía otra historia más para compartir con su amigo Jose.

Siempre intentaría ayudarle.





FIN

Este cuento pretende ayudar a los niños y niñas que tienen EPILEPSIA.

Gracias a las enseñanzas del árbol sabio, Daniel, el niño protagonista, podrá entender mejor qué le pasa a su amigo Jose y estará a su lado para ayudarlo.

*"Los árboles son santuarios. Quien sabe hablar con ellos,  
quien sabe escucharles, aprende la verdad."*

Hermann Hesse